

La Encarnación (Ej 101-109). Cuatro hechos mayores donde focalizar esta contemplación hoy

José Ignacio G.ª Jiménez

La contemplación de la encarnación es probablemente una de las páginas más bellas de los EE, tal vez por su aparente ingenuidad; tal vez por la capacidad de hacer “sensible” un misterio definitivo de nuestra fe que aparece narrado en las Escrituras pero no descrito; tal vez porque presente la radical cercanía de Dios de un modo que provoca una gran atracción; quizás, porque describe, metodológicamente, de una forma completa, lo que serán los siguientes ejercicios de contemplación; tal vez, en fin, porque la contemplación de la Encarnación pretende provocar en el ejercitante una respuesta tan apasionada que sólo quien se abre, libremente, a la presencia amorosa de Dios puede responder amorosamente, comprometiendo la propia vida. El hecho es que la contemplación de la Encarnación tiene una tremenda capacidad evocadora, dentro y fuera de los ejercicios espirituales.

En los EE la contemplación de la Encarnación marca el inicio de la Segunda Semana, y ayuda a situar la personal experiencia de seguimiento del Señor en el marco de la historia de salvación general. El cristiano no es corredor solitario sino que vive su fe inmerso en el flujo de la presencia de Dios en la historia. El Dios revelado en Jesucristo, es el mismo al que vuelve su mirada y su atención el ejercitante.

Pero la Contemplación de la Encarnación tiene un notable “éxito”, si es que podemos hablar así, también fuera de la experiencia concreta de los EE. La contemplación de la Encarnación se ha convertido en un lugar común cuando toca iniciar procesos de análisis creyente de la realidad como sucede en muchas de nuestras planificaciones apostólicas, o cuando iniciamos discernimientos que afectan a la actividad apostólica de nuestras congregaciones o Provincias. En todos esos momentos, de un modo casi instintivo, acudimos a la contemplación de la Encarnación como momento inicial que procura ver la realidad como el mismo Dios la vería. Evidentemente es imposible, no podemos los humanos ocupar el lugar de Dios, no se trata de intentar otro Babel, sino del deseo sincero de buscar la voluntad de Dios, y para ello nada más sugerente que un ejercicio que permite “ponernos en el lugar del otro”.

José Ignacio G. Jiménez

Los riesgos de un ejercicio así son evidentes. Podemos vernos inmersos en una ingenua suplantación de esa mirada divina por proyecciones, intereses, lecturas teológicas, sociológicas o políticas determinadas. Todo es posible si rompemos el marco de la contemplación, es decir, de una oración que busca mover el afecto y no tanto provocar el discurso, o el análisis. La contemplación quiere introducirnos en un misterio de fe, pero dejando aparçada, precisamente, nuestra capacidad discursiva y así iniciarnos en la dinámica del "hacer": *ver lo que hacen, oír lo que dicen* abriéndonos a un diálogo confiado y humilde. En su conjunto nada parece más alejado de un tratado o un análisis de la realidad. Una oración de este tipo es una invitación a reducir el aparato intelectual, el recurso a los datos, para sumergirse en la experiencia del testigo que, admirado por lo que contempla, se siente deslumbrado ante la cercanía amorosa de Dios, y siente, profundamente, el deseo de comprometer su propia vida en una causa tan apasionante.

La contemplación de la Encarnación pone delante de nuestros ojos toda la miseria, el dolor y la injusticia del mundo. El pecado como centro del dolor y el mal del mundo. La respuesta de Dios ante esta realidad no es la distancia de un Dios lejano que una vez armado el gran juguete del mundo lo deja a su albedrío. Tampoco es la respuesta de un Dios mágico dispuesto a ir resolviendo los problemas y las dificultades de sus creaturas. El Dios revelado en Jesucristo se hace historia, se hace presente en nuestra condición humana para acompañarla en toda sus dimensiones, para mostrarnos todas sus posibilidades y para abrirle las puertas del sentido y la vida definitivas. Dios-con-nosotros, no accidentalmente, no inspirativamente, sino históricamente situado. Jesucristo es presencia viva de Dios (Hch 10,38), de ahí que San Ignacio nos invita a conocerle; no a conceptualizarle, sino a conocerle **personal e íntimamente**. El seguimiento es a Jesucristo no a su concepto. De ahí que la oración de contemplación nos ayude a crecer en la intimidad del conocimiento pues nos propone dejarnos impactar emocionalmente por lo que vemos y lo que escuchamos, con la ayuda de nuestra imaginación.

Pero esto no quiere decir que la contemplación renuncie a conocer bien lo que quiere "ver" y "escuchar". La descripción de Ignacio en estos números está plagada de detalles y de indicaciones. Comparadas con otras contemplaciones, e incluso meditaciones, ésta de la Encarnación destaca por la abundancia de detalles. La Encarnación del Hijo de Dios sólo puede comprenderse desde la experiencia de autocomunicación de un Dios que es amor. Ese es su deseo: *que todos los hombres se salven* (1 Tim 2,4). Esta autodonación es la que va a imaginar Ignacio, legítima-

La Encarnación (Ej. 101-109). Cuatro hechos mayores donde focalizar esta contemplación hoy

mente, antropomórficamente, de un modo libre y provocador. Dios res-ponde con amor a un mundo cargado de sufrimiento, en el que los hom-bres buscan sentido, salvación, sentido, y salvación, que no pueden encontrar por ellos mismos pues el ser humano no puede producir su pro-pia salvación. Ésta es una experiencia traumática porque aunque la vida humana es enormemente diversa (en trajes como en gestos... blancos- negros... paz-guerra, llorando riendo... sanos- enfermos, naciendo-muriendo...), ni toda esta diversidad consigue abrirse camino por sí sola para garantizar la vida plena. La sorprendente diversidad tampoco es, por sí misma, fuente de salvación. El destino del ser humano se juega en la apertura a Otro capaz de amarle y constituirle en todas sus posibilidades. La Encarnación es la iniciativa de Dios hacia esta humanidad.

El destino del ser humano se juega en la apertura a Otro capaz de amarle y constituirle en todas sus posibilidades

Algunas preguntas

Antes de seguir deberíamos responder a algunas cuestiones. Una pri-mera pregunta es si hacemos un uso aceptable de esta contemplación cuando la empleamos como instrumento inspirador de nuestros discerni-mientos, nuestras búsquedas y análisis, apostólicos. Es decir, ¿no estamos desvirtuando una propuesta que fue diseñada para formar parte de un pro-yecto concreto de experiencia espiritual? ¿no estaremos reduciendo, tri-vializando incluso, lo que está llamado a ser un momento inicial, y deci-sivo, para que el ejercitante se sumerja en una experiencia de oración que le lleva a reconocer el tiempo primero de Dios, el tiempo de la iniciativa divina en la historia de salvación, común a todos y también personal? ¿Qué hace que esta contemplación supere los límites de los Ejercicios para convertirse en una herramienta (potente, muy potente) en nuestros discernimientos apostólicos? ¿Es lícito, si podemos hablar así, por tanto, sacar esta contemplación de su contexto y convertirla en un instrumento de discernimiento?

Estas preguntas tienen también un “movimiento de vuelta”, porque si podemos preguntarnos por el uso fuera de los Ejercicios de esta con-templación, también podemos preguntarnos por los datos que incorpo-ramos cuando el acompañante propone esta meditación al que hace los ejercicios.

Sea cual sea el uso de la contemplación —como ejercicio específico en los Ejercicios, o como instrumento inspirador para nuestros discernimientos—, la pregunta por cómo ve Dios al mundo sigue abierta. Y tiene que estarlo porque existe el riesgo evidente de que nosotros mismos queramos responder. Es decir, que cuando el texto de los Ejercicios indica que la Trinidad “mira el mundo” nosotros decidamos qué aspectos de la realidad mira esta Trinidad. Nosotros podemos pretender suplantarse la visión de Dios proponiendo lecturas de la realidad que condicionen la respuesta.

Por eso es importante considerar cómo el mismo san Ignacio propone su propia lectura. Él también “elige”, si se puede hablar así, lo que la Trinidad ve y escucha. No lo que la Trinidad hace, por supuesto, pero sí lo que ve en este mundo para provocar su respuesta. La Trinidad podría haberse fijado en el esplendor de las celebraciones litúrgicas, o en la devoción de los fieles, o en la generosa caridad de otros muchos. Sin embargo San Ignacio destaca la diversidad de personas, situaciones y acciones; destaca la realidad de sus conflictos, y destaca la imposibilidad para el ser humano de revertir por sus propias fuerzas esta situación, y por lo tanto, de estar inmerso en una vida que lleva, en muchos casos, a la condenación. Diríamos que Dios quiere que todos se salven, y lo que parece evidente es que esto no es tan generalmente posible.

Así pues, deben establecerse algunas precauciones cualquiera que sea el momento que la contemplación vaya a usarse. Si es en la experiencia de los ejercicios, momento imprescindible, se debería prestar atención a que en el mundo que Dios ve destaque precisamente su enorme diversidad (sin que ello conlleve juicio moral negativo, al contrario, más bien resulta atractivo en el texto ignaciano, y lo reconocemos como un bien; ninguna cultura, ninguna tradición, cierran el camino a la experiencia cristiana ni dan cuenta de todo lo humano). Igualmente al presentar la contemplación se debe destacar el carácter conflictivo de las relaciones humanas (injusticia, guerras, pobreza...) y las consecuencias nefastas para los seres humanos. Finalmente, la meditación debe recordar la respuesta amorosa de Dios. El deseo conmovido de Dios por estar junto a la humanidad para mostrarle el camino de su salvación; sorprendentemente, no desde fuera sino desde el interior de ella misma.

En cuanto al uso como instrumento para el análisis, e incluso el discernimiento, pastoral será totalmente legítimo si conserva algunos elementos básicos como el de pretender distanciarnos de la realidad, salir de ella buscando objetividad, apertura; mirar la realidad, deseando hacerlo como Dios mismo lo hace, significa emplear todos nuestros métodos de

análisis, toda nuestra capacidad interpretativa de la realidad, y todo ello no con afán de autosuficiencia sino conscientes de que no vivimos una realidad acabada, definitiva, sino un momento más de la historia. Nuestra lectura de la realidad debe mantener lo que Ignacio propone: ¿cuál es el hecho mayor, o los hechos mayores, que impiden al ser humano el tipo de relaciones, el tipo de vida que Dios desea? ¿qué es causa de condenación actual para el ser humano? ¿qué rompe el designio de Dios para el mundo que es una fraternidad plena mostrada, y alcanzada, en Jesucristo?

Por último, y esto se convierte en un test de autenticidad a nuestra oración, pero también a nuestros proyectos apostólicos, la contemplación de la Encarnación pide la implicación personal (comunitaria, grupal) para responder a la iniciativa divina. No una respuesta basada en primera instancia en nuestras capacidades (técnicas, institucionales...), sino una respuesta afectiva, implicativa y relacional que marcará un estilo de vida para los que “aman y siguen”.

Es indudable el riesgo de terminar por ideologizar esta contemplación, no podemos ser ingenuos. La oración, la Iglesia, nuestras comunidades, la Escritura, y el compromiso de la propia vida ayudan a la constante purificación. Pero no por eso podemos renunciar a la luz, y la energía, que provienen de esta contemplación. La figura de María, es esencial en este ejercicio pues en torno a ella se van a ir reconociendo los efectos deseados por la Trinidad. Mientras que cuando el texto propone las imágenes, expresiones y acciones de la Trinidad éstas no son más que narraciones de verdades de fe, en María todo ello se va cumpliendo. Es decir, podemos pasar de la verdad revelada (narrada en este caso) a la verdad histórica, particular, del acontecimiento salvífico sucedido en un tiempo y lugar concreto. La contemplación de María permite hacerlo a la luz de la Escritura (Lc 1,26-38), pero sobre todo permite al ejercitante trasladar a su propia realidad el misterio contemplado. María pone carne no sólo a la segunda persona de la Trinidad sino que permite al creyente hacer presente este misterio. En la contemplación de la Encarnación María se convierte en puente, pontífice, entre la verdad de fe y la vida del creyente.

Cuando se trate de ejercicios de discernimiento comunitario o apostólico, este papel de María no es tan evidente. En este caso es la Iglesia (documentos, magisterio) o, por ejemplo para la Compañía de Jesús los

La figura de María, es esencial en este ejercicio pues en torno a ella se van a ir reconociendo los efectos deseados por la Trinidad

documentos normativos del Instituto (Fórmula, Constituciones, Congregaciones Generales...) los que fácilmente puedan ocupar este lugar de mediación entre el misterio de la encarnación y la realidad concreta de quienes buscan conocer la voluntad de Dios. Evidentemente, la oración personal y grupal en estos procesos de discernimiento, tendrá presente a María como modelo y mediación para conseguir la gracia que se persigue.

La voluntad redentora de Dios se revela en la Encarnación

El texto de la contemplación de la Encarnación propone, imaginativamente, el momento en el que la Trinidad decide que la segunda persona se haga presente en la historia humana. Evidentemente es una personificación de un misterio de fe. Ni el tiempo, ni el espacio concreto pueden afectar así a la vida divina. De hecho, no tenemos datos de la Revelación que nos permitan expresar que la vida divina, immanente, se desarrolle así. Luego todo queda en el legítimo juego del que quiere mover los afectos y propone una pregunta tan inocente como cargada de sentido.

Las palabras "hagamos redención" recogen el deseo profundo de Dios para la humanidad y el mundo, se trata del "deseo salvífico de Dios" expresado de forma gráfica y visual. San Ignacio nos propone *ver* las personas de la Trinidad, y *escuchar* su conversación para adquirir una conciencia viva de que es un deseo actual de Dios, que se sigue realizando por la acción del Espíritu de Jesús resucitado. No es una imagen de un momento del pasado sino la presencia actual de Dios. Como en el relato del Génesis la palabra de Dios es capaz de crear la realidad, ahora la palabra de Dios, encarnada, va a mostrar la nueva realidad a la que todos los seres humanos, pero también la creación entera, estamos llamados a ser.

La encarnación muestra la radical cercanía de Dios. El misterio de la Encarnación pone delante de nosotros la cercanía de un Dios que asume la vida humana desde el interior de ella misma. Lo no-Dios se ve afectado, de manera definitiva e irreversible, por la presencia en sí de Dios. Lo que distinga a la presencia de Dios en Jesucristo es que no se trata de una imagen, o una apariencia humana, sino de una vida personal plena, desde el nacimiento hasta la muerte. Evidentemente la encarnación del Hijo de Dios es un reto enorme a nuestro modo de concebir la divinidad. El Dios siempre mayor se revela como ser limitado, contingente y por tanto necesitado él mismo de salvación (Hch 3,13). La salvación de Dios en Jesucristo no es algo externo a la propia existencia sino que se produ-

ce desde dentro de la humanidad, desde dentro de cada ser humano concreto, y desde dentro de la historia, que se va transformando así en historia de salvación. Dios camina con su pueblo, como uno de este pueblo. En este sentido la contemplación de la Encarnación insiste en la encarnación como abajamiento de Dios, aproximación a todo aquello que se convierte en oportunidad para la perdición (no vino a llamar a justos sino a pecadores, Mt 9,13). Por eso podemos hablar de una parcialidad de Dios. La presencia de Dios se va a realizar en lo que hay o no hay de humanizador, no en las instancias de poder, ni en las de dominio, sino precisamente allí donde lo des-humanizador avanza. Podemos decir que la cercanía es radical no sólo por el grado de inserción humana (plena, sin fisuras) sino porque se dirige a las zonas más amenazantes para la vida humana.

Al mismo tiempo en el misterio de la encarnación contemplamos la distancia existente entre el Creador y la criatura. Dios no se diluye en las cosas, Dios persiste entre ellas. Como Jesús no se diluye entre los hombres sino que permanece en toda su individualidad (Lc 3,16; Mt 13,55). La constitución del ser por el reconocimiento del otro es una fuente inspirativa de la filosofía contemporánea. Somos en la medida que el otro nos reconoce y nos constituye en sujetos dignos de diálogo, de aceptación y de compromiso. La encarnación del hijo de Dios mantiene la relación entre cada criatura y su creador, una relación que exige dos seres diferentes, libres y capaces de amarse. Es el amor la fuerza constitutiva de la relación, la condición de posibilidad para el reconocimiento mutuo.

Siguiendo los trazos de la contemplación de la Encarnación en los Ejercicios, podemos concluir que la salvación que nos ofrece Dios en Jesucristo está caracterizada por:

- *Mostrar la radical cercanía de Dios.* Dios se aproxima a la humanidad para asumirla completamente, especialmente allí donde lo humano está más amenazado.

- *Dios sigue siendo Dios, no se disuelve ni se diluye en la creación,* lo que permite que todo lo creado pueda constituir su identidad en esa relación de amor libre con su Creador, relación que da fundamento a nuestra condición de creaturas. Si podemos hablar de cercanía radical también podemos hablar de distancia radical, no como distancia de lejanía y desinterés sino, todo al contrario, hablamos de "distancia fundante", es decir, la que permite a dos sujetos reconocerse de manera plena. Además, por ser Dios uno de los términos de la relación, este hecho permite ser al otro lo más auténtico (radical) de sí mismo; lo que es y lo puede llegar a ser, en todas sus potencialidades.

- *Nos permite descubrir el valor definitivo de aquél acontecimiento*

José Ignacio G. Jiménez

histórico mostrando cómo la historia, en cada momento, es oportunidad para esta apertura trascendental. El acontecimiento histórico concreto (nacimiento, muerte y resurrección) no agotan la presencia de Dios, pero son la expresión de que la salvación que Dios ofrece sólo es reconocible, y sólo podemos unirnos a ella, desde el concreto momento histórico en que nos encontramos. La universalidad de la salvación ofrecida por Dios en Jesucristo no es una suma de momentos puntuales, sino que cada momento puntual está abierto a anunciar, reconocer y asumir la presencia, esa sí infinita, de Dios.

- *La salvación que conocemos por la Encarnación quiere ser una oferta abierta para todos, y para todo lo existente. Nada queda fuera de la presencia del Espíritu, nadie queda excluido de la invitación al banquete (Hch 17,28; Lc 14, 23-24). Así en la Iglesia más temprana se reconoce que la resurrección de Jesús ha superado los límites de nuestros ordenes y diferencias sociales: Ya no hay ni judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús (Gal 3,28). Si antes destacábamos el valor de lo particular ahora debemos reconocer que la encarnación tiene una clara pretensión de universalidad. Universalidad que afecta no sólo a los seres humanos sino también a todo lo creado (Ef 1,10), una ortogénesis, según Teilhard, que marcará todo lo existente en clave de complejidad y de consumación.*

Ver las personas

¿Qué ve la Trinidad cuando mira el mundo en toda su extensión y en toda su diversidad en la contemplación de la Encarnación? Evidentemente lo que nosotros queremos mirar, Dios que habita en nosotros mueve nuestros corazones hacia su amor, pero nosotros aportamos las imágenes, las ideas y nuestra afectividad. Por eso, al proponer la contemplación de la Encarnación tratamos de identificar los "hechos mayores", aquellos que desde nuestra fe, nuestra capacidad de análisis y nuestra confianza en el Señor podemos reconocer

*¿Qué ve la Trinidad
cuando mira el mundo
en toda su extensión y
en toda su diversidad?*

como situaciones históricas que nos interrogan directamente sobre la cercanía o lejanía de Dios, sobre el alcance de una situación concreta o sobre las implicaciones universales de ese acontecimiento. Va a ser siempre un ejercicio parcial, nunca definitivo, pero ninguna contemplación quiere ser la única, la definitiva. Forma parte de

nuestra relación con Dios que está en continua comunicación, y por ello se retroalimenta: nuevas situaciones, diferentes momentos, todo ello se ve continuamente acompañado por la presencia, también siempre novedosa, de Dios.

Entendiendo así la contemplación de la Encarnación, es decir, como parte de éste diálogo continuo entre Dios y los hombres, tendremos que elegir algunos acontecimientos que provocarían esta especial atención de Dios, si es que podemos hablar así. No es que todo lo demás no sea relevante, pero es cierto que o para favorecer nuestro ejercicio, o para profundizar nuestros discernimientos, necesitamos focalizar nuestra atención en acontecimientos singulares pero de amplio efecto. San Ignacio se vio impactado por la diversidad de personas y situaciones, esa diversidad, no ordenada, se convertía en causa de perdición y oportunidad para la gracia. Nosotros podemos también lanzar nuestra mirada al mundo con el deseo de reconocer las llamadas principales que el Señor recibe, especialmente allí donde lo humano está más amenazado, o la presencia misma de Dios cuestionada o, en fin, allí donde la novedad permite alumbrar presencias significativas del Reino.

Querría proponer cuatro de los hechos mayores de nuestro tiempo que a mi entender pueden ayudar a focalizar hoy la contemplación de la Encarnación, y que de uno u otro modo están presentes en muchos de los discernimientos apostólicos que realizamos. Serían la globalización, la difuminación de las fronteras de lo religioso, el consumismo y el mestizaje, fenómeno no nuevo pero que hoy es más importante por el impacto cultural y la amplitud de las personas implicadas.

a) *Sobre el fenómeno de la globalización* han corrido ríos de tinta, no interesa aquí su análisis. Sólo reconocer algunos aspectos que sí inciden en nuestra contemplación de la Encarnación. No cabe duda de que leer el texto de Ignacio provoca una emocionada ternura, el siglo XVI estaba comenzando a vislumbrar lo que hoy es un hecho incontestable: el mundo es físicamente accesible (hoy muchísimo más que entonces), y con ello el sentimiento de que el destino del mundo no es algo particular para un pueblo o una nación sino que la condición humana, con diferencias, con sangrantes diferencias muchas veces, está llamada a compartir un futuro en común.

La globalización es cuando menos un fenómeno ambiguo, tan cargado de posibilidades como de amenazas. Capaz de acercar lo lejano (trans-

*Globalización,
difuminación de lo
sagrado, consumismo,
mestizaje..., cuatro
hechos mayores de
nuestro tiempo*

porte, comunicaciones...) como capaz de atajar lo cercano (incomunicación, soledad). Mientras favorece la extensión de derechos que quieren ser universales es también capaz de extinguir culturas, pueblos y tradiciones. La globalización ha favorecido la generación de innovaciones y la aplicación de tecnología en proporciones hasta ahora desconocidas, pero al mismo tiempo consigue que perdure el hambre, la pobreza y la exclusión. La globalización ha provocado el periodo de mayor crecimiento económico de la historia, junto a condiciones laborales y sociales que nada tienen que envidiar a los tiempos de la revolución industrial. La globalización ha generado la conciencia de que muchos de los problemas que sufrimos sólo pueden tener una solución planetaria, y al mismo tiempo, ha favorecido que se sigan manteniendo las relaciones basadas en la confrontación, el poder y la dominación. Y lo que es evidente es que desde la misma dinámica de la globalización es muy difícil proponer soluciones globales¹.

La globalización debe articular el doble tiempo de lo local y lo global, lo concreto para cada persona y comunidad y lo que nos afecta como seres humanos que compartimos este mundo limitado. Indudablemente en el proceso de globalización late el misterio de la encarnación: la salvación que se revela en un acontecimiento histórico y tiene pretensión de ser universal. La fe cristiana nos ofrece un modo de mirar a lo global a través del sentido pleno de los compromisos y la vida concreta, lo local. Dios se encarna localmente (en la persona de Jesús, en su comunidad familiar y nacional) para mostrar que su salvación está abierta para todos. La globalización sólo puede ser humanizante si es capaz de integrar y articular lo local (las culturas, las diferencias...).

b) *El segundo fenómeno es el de la difuminación del sentido de lo sagrado*, la secularización diríamos en nuestras sociedades occidentales. Este fenómeno se vive más como una pérdida de militancia eclesial que como una verdadera pérdida de fe; lo religioso, por fascinante y tremendo, sigue ocupando un lugar en la vida de millones de personas. Sincretismos particulares, fes "a la carta", desafecciones, seguidores de gnosís diferentes, diálogos de todo tipo, etc. El universo de constelaciones de las infinitas posibilidades de relación de los hombres y mujeres de nuestro tiempo con lo (o el) Otro ocupa a los sociólogos de la religión. Pero lo que late en el fondo de toda esta diversidad son las preguntas últimas, las preguntas de sentido, que siguen estando delante de nosotros.

224

¹ STIGLIZ, J. *Cómo hacer que funcione la globalización*. Taurus, Madrid, 2006.

La contemplación de la Trinidad mirando al mundo nos remite en este punto a la experiencia religiosa como lugar de diálogo y encuentro con otros creyentes. La imagen de Asís, con representantes de tantas religiones distintas, unidos por la oración y el deseo de una paz sincera, evoca gráficamente lo que la contemplación de la Encarnación pretende proponernos. Otro lugar conmovedor para esta contemplación es el proceso de las "conversiones" de unas confesiones a otras, como ejemplo de búsqueda sincera de verdad, y adecuación de la propia vida a lo que sincera, y humildemente, la persona siente que Dios le llama. Especialmente en contextos pluri-religiosos las conversiones muestran cómo la búsqueda de la verdad sigue siendo un deseo no apagado en nuestras sociedades?

c) *El consumismo* sería el tercer aspecto que una contemplación de la Encarnación podría poner en el horizonte de la Trinidad que mira el mundo. Este apartado es más occidental que los otros anteriores y cuestionable por tanto. Podría indicarse la pobreza, y la pobreza extrema, como el hecho mayor que debería mostrarnos esta contemplación. Sin negar la centralidad de la pobreza queremos aportar otras lecturas, no que reducen su importancia pero sí que la enmarcan en un contexto más amplio (globalización, la pobreza como no posibilidad de consumir, etc.).

Para Z. Bauman la revolución de nuestro tiempo es que hemos pasado de productores a consumidores. El consumismo es un "tipo de acuerdo social que resulta de la reconversión de los deseos, ganas o anhelos humanos en la principal fuerza de impulso y de operaciones de la sociedad, una fuerza que coordina la reproducción sistemática, la integración social, la estratificación social y la formación del individuo humano, así como también desempeña un papel preponderante en los procesos de individuación y grupales de autoidentificación, y en la selección y consecución de políticas de vida individuales". Así el consumismo sería el fenómeno capaz de generar una cultura nueva. Pero, prosigue Bauman, "el propósito crucial y decisivo del consumo en una sociedad de consumidores... no es satisfacer necesidades, deseos o apetitos, sino convertir y reconvertir al consumidor en producto, elevar al estatus de los consumidores al de bienes de cambio vendibles... los miembros de una sociedad de consumidores son ellos mismos bienes de consumo".

² HEREDIA, R. *Changing Gods. Rethinking conversion in India*. Penguin Books, New Delhi, 2007. Un estudio en este aspecto muy iluminador. Además de la legitimidad de los recorridos personales destaca todas las implicaciones políticas sociales y económicas que hay en procesos de conversión. El caleidoscopio religioso de la India es especialmente interesante para un estudio así.

³ BAUMAN, Z. *Vida de consumo. Ensayo de Cultura Económica*. Madrid, 2007. pp. 47, 63, 130.

Aunque el diagnóstico de Bauman pueda parecer nos muy radical, especialmente en su concepción del ser humano como bien de consumo él mismo, es innegable que identificar el consumo como la principal fuerza articuladora de sociedades, y posiblemente de individuación, es algo real. Así pues aunque nos provoque una enorme impotencia porque el consumo sí parece irrefrenable, también la contemplación de la Encarnación nos confronta con esta realidad. La salvación que Dios nos ofrece está radicada en la solidaridad y la donación. El consumo está centrado en el egoísmo y la autosatisfacción. Parecen, por tanto muy lejanos. Pero además, si el análisis de Bauman es correcto, el consumismo no es sólo la primera fuerza constructora de identidad sino que su objetivo es convertir al mismo ser humano en "mercancía consumible". La encarnación de Dios, muestra precisamente el alcance y el significado de la dignidad humana, desde la mayor fragilidad y limitación, el ser humano en Dios es elevado lo más alto de su condición: creatura amada (Jer 1,5). La cosificación del ser humano sería una de las peores cosas que *hacen las personas sobre la faz de la tierra* (EE 108).

d) *Otro fenómeno admirable de nuestro tiempo es el del mestizaje*. En España el año 2000 la población extranjera representaba el 2,3% de la población, en 2008 representa el 11,3%. Unos cuatro millones de personas han llegado a España en sólo ocho años. En Estados Unidos las personas de origen latinoamericano son ya el 15% de la población, eso significa unos 45 millones de personas, y ya han superado al grupo de los afroamericanos, convirtiéndose en la mayor minoría.

El mestizo es un extraño para las dos culturas, la de origen y en la que se han instalado: su acento le delata en los dos sitios, incorpora nuevas costumbres en los dos lugares. La interacción de las dos culturas se produce, normalmente, en zonas de riesgo: emigración ilegal, trabajo precario, desarraigo familiar, rechazo social, marginación y exclusión. El mestizo se relaciona con un medio social que no le va a aceptar fácilmente, un medio que aprovechará su trabajo pero que no le reconocerá fácilmente estatus legal y valoración social. Por eso no puede sorprender que en esa intersección se genere una nueva cultura, diferente de la del país de origen, pero tampoco igual a la del país en el que se reside. Es una nueva síntesis como las que establecieron los jóvenes magrebíes de la periferia de París hace dos años, segunda y tercera generación de emigrantes, que ya no se sienten claramente marroquíes o argelinos, pero tampoco pueden decir, con convencimiento, que sean franceses. O, por lo menos, no son como los otros franceses: sus tasas de desempleo casi triplican las de Francia, y el abandono escolar supera con mucho las tasas del sistema.

Los mestizos son una imagen para comprender la fe cristiana⁴. La Iglesia es “mestiza” por excelencia, primero porque es una intersección del cielo y de la tierra. Porque como “signo universal de salvación” vive dentro de ella la doble realidad de ser presencia de Dios y hechura humana. La Iglesia es mestiza en la medida que vive abierta a la acción del Espíritu y abierta al pueblo de Dios peregrino; la Iglesia es mestiza cuando trata de encarnar las bienaventuranzas y está atenta al mundo y sus búsquedas.

La Iglesia nació en el mestizaje entre la cultura judía y el mundo gentil, y este proceso no estuvo exento de tensiones. La fe cristiana es un mensaje universal que cruza las fronteras y une a personas de procedencia diferente en torno a una identidad compartida. La encarnación es el misterio que ilumina este acontecimiento histórico del mestizaje. La auto-manifestación de Dios en Jesucristo es la visibilidad de la presencia de Dios en la historia y es una invitación a descubrir a Dios presente en cada concreto histórico, en cada cultura.

Para la fe es una gran invitación a profundizar en el misterio de la encarnación. Jesucristo nos muestra el amor incondicional de Dios por este mundo en toda su diversidad. No es un Dios de los “nuestros” sino que el Señorío de Dios alcanza a todo lo creado, a todas las creaturas, también a la historia de éstas. La Palabra encarnada es el misterio de la presencia de Dios en una cultura concreta, y desde ella va a abrir el horizonte para reconocerle a Él presente en todo y en todos.

Conclusión

*Implica al sujeto en un
proceso de conversión y
le inspira en muchos
procesos de
discernimiento
apostólico*

Hemos intentado destacar la importancia de la contemplación como modo de oración con capacidad de implicar al sujeto en un proceso de conversión personal, pero en el caso de la contemplación de la Encarnación hay un valor añadido. Por su propia estructura se ha convertido en un elemento inspirador de muchos procesos de discernimiento apostólico. Este uso de la contemplación de la Encarnación es totalmente legítimo pero es importante que no se olvide de considerar la enorme diversidad del mundo que se contempla,

⁴ ELIZONDO, V. *The Future is Mestizo: Life Where Cultures Meet*. University Press of Colorado, 2000.

José Ignacio G. Jiménez

y por tanto, su complejidad; también, el frecuente carácter conflictivo de las relaciones humanas y junto a ello la respuesta amorosa y decidida de Dios que quiere acompañar a la humanidad en su historia, en su peregrinaje.

Reconocemos cuatro "hechos mayores" de nuestro tiempo como son la globalización, la disolución del sentido de trascendencia, el consumismo y el mestizaje que podrían ayudarnos hoy en esta contemplación de la Encarnación como acontecimiento que se desarrolla de manera continuada por la acción del Espíritu de Cristo Resucitado.

La encarnación, contemplada en el contexto actual, nos recuerda la radical cercanía de Dios. La no disolución de Dios en la creación y por tanto el mantenimiento de una relación personal y libre fundada en el amor entre Dios y las criaturas, relación que nos constituye e identifica. El misterio de la encarnación contemplado hoy nos ayuda a integrar la dinámica notable de nuestro tiempo entre lo local y lo global pues la encarnación es precisamente la revelación en un acontecimiento histórico-concreto de toda la voluntad de salvación que Dios ofrece.

Para terminar. La contemplación de la Encarnación posibilita una mirada sobre el mundo cargada de realismo y esperanza, esa síntesis tan difícil para nosotros y que tan a fondo vivió Jesús. Ella nos ayuda a descubrir y reconocer la presencia actuante de Dios en todas las cosas, personas y situaciones. Y ello a pesar de su aparente ausencia en la historia y en nuestras propias vidas: "Aunque es de noche".

228